

piedad, la de la familia y la de Dios; es decir, la anulación de la materia y del espíritu, el absurdo, el caos, lo imposible.

Así pues, señor fiscal, y señores *beneditos* que no queréis que el folleto de los señores Castelar y Gomez Marin se publique, no os dé cuidado que estos demócratas inicien con timidez ó sin ella las primeras premisas de sus problemas; aquí estamos nosotros para probarles que sus últimas consecuencias son el absurdo, el caos, lo imposible.

ARTICULO III.

- I. La fórmula del progreso del Sr. Castelar.—II. Todo el mundo es un poco demócrata.—III. Mala fórmula del progreso.—IV. La unión liberal.—V. La moral y la doctrina moderadas.—VI. Extraño cristianismo de la democracia.—VII. Derecho é igualdad.—VIII. El libre-cambio absoluto.—IX. y X. Criterio moderado.—XI. La mejor fórmula del progreso.

I.

LA FÓRMULA DEL PROGRESO, POR D. EMILIO CASTELAR.

No lo he visto, pero lo creo como si lo viera: el Sr. Castelar habia escrito algunos artículos contra el partido progresista, contra el moderado, contra el absolutista, contra todos los partidos, menos el demócrata; y apasionado, y no sin alguna razon, de estos hijos de su inteligencia, que circulaban por el mundo sin padre conocido, los ha reunido con la mayor ternura, y cortándole las piernas á este, la cabeza á aquel, añadiéndole dientes postizos al otro, y cosiéndolos á todos con hilos de oro, y pintando las ensambladuras con ese color indefinible que se llama azul de cielo para que no se descubriese su menudo zurcido literario, nos ha hecho gracia de ese folleto político que él titula *La fórmula del progreso*, y al

cual debiera ponerle por epigrafe aquel famoso terceto que un poeta célebre escribe á la puerta de la entrada de un lugar mas célebre todavia:

—«*Per me si va nella città dolente,
Per me si va nell, eterno dolore,
Per me si va tra la perduta gente.*»

Pero no adelantemos nuestro juicio hasta despues de hacernos cargo de ciertos pormenores histórico-criticos.

II.

TODO EL MUNDO ES UN POCO DEMÓCRATA.

Ya que combatimos sus errores, es menester empezar por hacer justicia á la fé de los demócratas españoles. De algun tiempo á esta parte su obra de propaganda es activa y discutidora; y si á su inmensa fé juntara un poco de razon, el triunfo de su causa seria pronto y seguro.

Este verano se publicó por el Sr. Cuesta otro folleto democrático, si no tan elocuente, mucho más intencional que el del Sr. Castelar, que fué refutado por el señor conde de Torres Cabrera, cuya refutacion no ha llegado á mis manos, y por el Sr. D. Enrique O'Donnell, que en otro folletó, escrito con una elegancia y una elevacion notables, se puso de parte de las ideas de orden. No conocemos al Sr. O'Donnell; pero sinceramente agradecidos á sus esfuerzos por la buena causa, y admirados por sus cualidades de

eseritor, le aconsejamos que, ocupándose menos del oficio de general, que debe ser muy fácil de desempeñar segun lo satisfechos que están los muchos que lo desempeñan, coja mas frecuentemente la pluma, con la cual esté seguro que conquistará un cetro que nadie le arrebatará en el porvenir.

Tambien debo prevenir que cuando los doctrinarios refutamos las doctrinas democráticas, no es porque nos opongamos á que se lleve la luz de la verdad y el encanto de la virtud hasta la última hez de las clases sociales, no; nosotros creemos que la verdad llega más pronto de arriba á abajo, que de abajo á arriba, y conviniendo todos en el fin, tal vez no disintimos mas que en los medios.

Porque, ¿quién no es un poquito demócrata? Los mismos reyes absolutos, ¿qué son, á su parecer, mas que unos agentes más activos que los dotrinarios, para llevar y labrar la felicidad de las clases inferiores, en una palabra, para *hacer democracia*? ¿Qué es la cuestion de gobierno más que una cuestion de *método* para caminar, más ó menos pronto y bien, por eso que los escritores demócratas llaman *las vias del progreso*? Yo no sé de ningun rey, magnate, guerrero ó escritor que no gaste los tesoros de su actividad en *hacer democracia*, procurando establecer la nivelacion *posible* en la especie humana, no haciendo á los grandes pequeños, como quieren los demócratas, sino ilustrando á los pequeños para que se igualen con los grandes. Todos, absolutamente todos, estamos interesados en que nuestros semejantes participen de los escasos consuelos de este valle de lágrimas, ilustrándonos hasta por cuestion de amor propio, porque

haya siquiera *solucion de continuidad* entre el reino animal y lo que llamaremos el reino humano.

III.

MALA FÓRMULA DEL PROGRESO.

Pero entremos en el exámen del folleto; aunque primero será menester pedirle al autor la razon del título inmodesto de *La fórmula del progreso* con que lo ha dado á conocer al mundo.

A todos mis lectores les habrá sucedido que cuando han ido á alguna fonda á preguntar por algun forastero, se habrán encontrado con que en cada tramo de escalera se halla pintada una mano con el índice señalando hácia cierto punto con un letrero debajo, que suele decir:—«Por aqui se va á los cuartos desde el número tantos, hasta el número cuantos.»—Esta mano y este letrero son una escelente *fórmula de progreso*. Al leer el título de la obra del Sr. Castelar todos piensan que al abrirlo se van á encontrar hácia el fondo el paraíso del progreso, más acá el camino que conduce á él, y á su entrada el delicado índice del Sr. Castelar, que dice á todos los lectores:—«Por aquí se va al progreso.»—Pues no sucede nada de esto. En esta parte el Sr. Castelar formula mucho peor que los fondistas. Para que el Sr. Castelar empiece á hablar de su fórmula, es menester leer casi todo el folleto, y por último nos dice que la fórmula del progreso es—«la democracia.»—¿Y qué es la democracia? Oigan Vds, esta otra fórmula. La democracia,

responde el Sr. Castelar, es—«el respeto á la ley.»—Y pregunto yo ahora: ¿Y la democracia es el respeto á la ley, aunque esa ley esté sancionada por un senado del cual forme parte integrante el caballo de Calígula? Si el Sr. Castelar me responde que sí, entonces me tendrá que conceder que la democracia podrá llegar ocasion en que sea la voluntad de una caballería.

Dios llama al Sr. Castelar por el camino del progreso; pero por donde seguramente no le llama es por el camino de las fórmulas.

Y no es poque el Sr. Castelar dé siempre á la democracia unos mismos representantes, no. Para él unas veces el progreso lo representan los reyes; otras el clero; otras la clase media, segun el tiempo y la distancia. Hoy, por ejemplo, el progreso puede estar en Rusia representado por el emperador; en Italia por los revolucionarios; en Inglaterra por la aristocracia; y en España por la clase media. De modo que para él puede el progreso estar representado en España por su folleto, y es la representacion más digna de todas; en Inglaterra por unos cuantos señores feudales; en Italia por varios cómicos de la legua, y en Rusia por cuatro soldados y un cabo. ¡Le parece al Sr. Castelar que un crítico como yo, que admira, si no puede medir, toda la altura de su inteligencia, podrá leer con paciencia estas niñadas politico-literarias, que solo tienen aplicacion *segun el tiempo y la distancia*? No señor: cuando entendimientos tan robustos y tan nutridos como el del Sr. Castelar toman la pluma para alumbrar los oscuros caminos de esta vida de tinieblas, es menester que iluminen con una luz que esclarezca todo el horizonte humano; es indis-

pensable que fortifiquen las conciencias con verdades de aplicacion universal; es forzoso que la virtud no se altere segun los climas, y que la moral predicada por espíritus rectos, como el del Sr. Castelar, lleve los caracteres de una firmeza invariable y una existencia eterna.

IV.

LA UNION LIBERAL.

Pero procuremos abreviar las consideraciones, y vamos al objeto.

El folleto del Sr. Castelar, antes de hablar del derecho y de la igualdad, como base de su democracia, tiene un exámen de los partidos medios, á los que procura pulverizar con una crítica unas veces elevada, y otras veces, como veremos luego, llena de recriminaciones vulgares. Al partido absolutista lo trata como á un sacristan de aldea, y al partido progresista le dedica párrafos llenos de salvedades honrosas, lo mismo que haria un hijo, no muy amante por cierto, que elogiando algunos hechos de su buen padre manchego, lo alejase bonitamente del mundo por su falta de *civilidad*.

No trata con más amor á la *union liberal*, aunque no deja de hacerla alguna indiscreta caricia, para ser en todo el Sr. Castelar completamente ilógico en su folleto; pues si el Sr. Castelar trata al partido moderado como verá el curioso lector, peor debia tratar á una fraccion que, al venir al mundo, no traia más razon de ser que restaurar el moderantismo en su

pristina pureza, que ser, en una palabra, el centro de los medios.

Pero si el Sr. Castelar, al acariciar á la *union liberal*, ha sido ilógico como escritor, ha podido acertar dejándose llevar de su instinto democrático.

Esta tentativa tan original como perniciosa, acabará por hacer reir á sus mismos autores. Las consecuencias de este fatal conato se harán sentir, pero será mucho más adelante. Disuelto en parte el tradicional partido progresista, que al fin siempre ha dado pruebas de monárquico, avanzará un paso más, á reemplazarle el partido democrático, que es anti-dinástico por esencia. La union liberal, sin duda, contra el deseo de sus autores, está desmonarquizando el partido moderado, y democratizando al progresista: está haciendo la cosa mas contradictoria del mundo; tiende á disolver á dos partidos que, para seguridad de la monarquía constitucional, como decia Voltaire de Dios, si no existieran, seria menester *crearlos*. Pero, en fin, las malas consecuencias de lo que el Sr. Moreno Lopez llama esta *empresa* politica, serán unas de tantas tristes herencias como dejaremos á Alfonso XII: y cuenta, que esta deuda ó compromiso con la democracia que le vamos á regalar á consecuencia de la disolucion de esa invencible retaguardia de la monarquía llamada *partido progresista*, le será al futuro Rey algo mas difícil de liquidar que la deuda de los veinte mil millones de déficit que le dejaremos en el presupuesto.

Pero de todo esto, ni yo soy responsable, ni al Sr. Castelar le importa; con que vamos adelante.

LA MORAL Y LA DOCTRINA MODERADAS.

Hay en ciertos escritores, no lo digo por el Sr. Castelar, que lo hace, no por voluntad, sino por contagio, una tendencia aviesa para desacreditar á los partidos doctrinarios, no atacándolos como debieran, y lo hago yo hoy con el Sr. Castelar, en sus creencias, en su modo de argüir, en su inteligencia; sino hiriéndolos en lo más sagrado que hay para el hombre, y es en su sentimiento moral. Cuando los doctrinarios vemos que esa manera de herir la han empleado algunas veces varios entes anónimos de la literatura y de la política, á quienes ni siquiera discutiendo se les podría dar la mano sin lavársela en seguida, entonces adoptamos el partido de ahogar todas sus injurias en el vehículo de un inmenso desprecio.

Pero cuando almas tan honradas y entendimientos tan elevados como el del Sr. Castelar se constituyen en órganos de diatribas de cierto género, no hay más remedio que tomar la pluma y rechazarlas con indignacion. Si: yo confieso que leía *La fórmula del progreso*, como suelo leer todos los escritos democráticos, como quien oye llover, y al pasar la vista por las apreciaciones que el Sr. Castelar hace del partido moderado, he cogido la pluma para contestarle, movido solamente por un sentimiento de indignacion.

Pero procedamos con calma, porque no quisiera que la indignacion me ofuscara la razon, ya que ha empezado á quitarme parte de mi buen humor.

En el curso de sus peroratas, y acumulando sobre el partido moderado toda la electricidad patriótica que pudo condensar el Sr. Castelar en su botella de tinta, le priva del juicio, y convirtiéndolo en un energúmeno, le hace al partido moderado decir lo siguiente:

«Yo he *corrompido* las conciencias, yo he *envenenado* los corazones; do quier ha amanecido un alma pura, allí he ido yo con mis reclamos á *empañarla*; do quier ha resonado el eco de un corazon fuerte, allí he ido yo con mis ofertas á *podrirlo*; y no contento con corromper las conciencias, los individuos, *he corrompido la nacion entera, ofreciendo por oro el derecho, por oro el sufragio, por oro la libertad de escribir, por oro la dignidad humana.*»

Es lástima que un talento como el del Sr. Castelar se convierta en eco de todas las calumnias con que la *gentecilla* de todos los partidos se ha complacido constantemente en denigrar á un partido que, como Carlos V, donde quiera que se siente siempre hará de *cabecera*. Todo eso que dice el Sr. Castelar contra el partido moderado, es falso, y, además de falso, es una asercion de una simplicidad inconcebible en un hombre de su penetracion. Las almas puras que se han afiliado al partido moderado, lo han hecho atraídas por el reclamo que no puede menos de tener una gran asociacion de personas distinguidas por su ilustracion, su nacimiento y su honradez. A muchos corazones fuertes que se ha atraído el partido moderado, no ha sido *podriéndolos*, sino *civilizándolos*. Eso de que el partido moderado ha *corrompido* la nacion ofreciendo por oro el derecho, suponemos que el Sr. Castelar

querrá decir que ha establecido un tipo de riqueza más ó menos alto estableciendo eso que se llama el censo electoral. El partido moderado ha tenido forzosamente que adoptar un signo exterior que revelase garantía de independencia, de ilustración y de arraigo en los ciudadanos, y para eso ha calculado perfectamente que ese signo exterior solo podía hallarlo en la riqueza. Conozco el inconveniente de que con este sistema acaso deje de gozar del derecho de sufragio alguno de los Platones de lo porvenir; pero en cambio este método ofrece la ventaja de que no nos vengan á gobernar todos los idiotas de lo presente. Si el partido moderado no hubiese buscado la garantía de la ilustración y de la independencia en la riqueza, ¿dónde quería el Sr. Castelar que la encontrase? ¿En los tirantes de las gentes sin calzones?

Y lo peor no es que el Sr. Castelar haya tratado de rebajar moralmente el carácter del partido moderado, sino que, con perdon de su ilustración, al esponer sus doctrinas da muestra de que no las entiende. Oigan mis lectores lo que dice el Sr. Castelar del partido moderado:—«En verdad, *el escepticismo* es la consecuencia más lógica de la doctrina moderada. No es una afirmación poderosa y grande como todas las afirmaciones; es una negación estéril como todas las negaciones. Cuando la escuela antigua con voz severa llama al partido moderado y le dice: «Ven, adora mi derecho divino,» el partido moderado esclama: «No, no puedo ir, porque yo pertenezco á la revolución.» Cuando la revolución con su voz de trueno le llama y dice: «Ven y adora los derechos populares,» el partido moderado esclama: «No puede ser, porque yo pertenezco

á la antigua sociedad.» Amigo de todos, á todos ha hecho traición. En el día de las grandes tribulaciones de los antiguos principios, los ha dejado naufragar sin dolor; y en el día en que han salido de madre las nuevas ideas, se ha dejado arrastrar por la impetuosa corriente. Como nada afirma, nada cree; y como nada cree, ha arrancado sus dos alas al espíritu, el sentimiento y la idea.»—

Repito que el Sr. Castelar, en esa descripción pintoresca del partido moderado, prueba que todavía no se ha tomado la molestia de querer entender su doctrina. Voy yo á tomarme el trabajo de enseñársela al Sr. Castelar, y para ello usaremos de nuestra jergonza filosófica, que, para ilustrar ciertas cuestiones, es más clara todavía que la jergonza vulgar de los políticos. Los partidos extremos buscan lo perfecto absoluto: los partidos medios no creen en lo absoluto perfecto, y buscan lo más perfecto de nuestra imperfección humana. Más claro: entre la *afirmación* absoluta democrática y la *negación* completa absolutista, se planta la *limitación* racional del moderantismo. O en otros términos: viene la democracia, y dice: «Yo quiero el gobierno de *todos*:» *tésis*. Llega el absolutismo, y responde: «Yo quiero el gobierno de *pocos*:» *antítesis*. Se levanta el partido moderado, y esclama: «Yo quiero el gobierno de *muchos*:» *síntesis*. En resumen, que el partido moderado es la *síntesis* de las verdades de los partidos extremos, si es que de su *tésis* y de su *antítesis* puede resultar alguna verdad. De lo que resulta que, al negarse el partido moderado á seguir al absolutismo como hijo de la revolución, y seguir á la revolución por su origen tradicional, no hace más que